

¿Qué es la revolución de octubre? **(Conferencia de Copenhague)**

León Trotsky
27 de noviembre de 1932

(Tomado de *La Revolución de Octubre*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1977, páginas 199-220; conocido también como *Conferencia de Copenhague*, se trata del texto de una conferencia pronunciada por L. Trotsky en Copenhague el 27 de noviembre de 1932 y publicado en la revista española *Comunismo*, año III, nº 20, enero de 1933 con versión al castellano del consejo de redacción de la revista)

Queridos oyentes: permitidme, en primer lugar, expresaros mi sincero pesar de no poder hablar en lengua danesa ante un auditorio de Copenhague. No sabemos si los oyentes perderán algo por ello. En lo que concierne al conferenciante, la ignorancia del idioma danés le incapacita para estar en contacto directo con la vida y la literatura escandinavas. ¡Y esto supone un gran inconveniente! El idioma alemán, al cual suelo recurrir para estos menesteres, es potente y rico; pero “mi lengua alemana” es bastante limitada. Además, cuando se trata de cuestiones complicadas no es posible explicarse con la necesaria libertad más que en la propia lengua. Por tanto, pido anticipadamente la indulgencia del auditorio.

La primera vez que estuve en Copenhague fue con motivo del congreso socialista internacional, y guardé siempre un grato recuerdo de vuestra ciudad. Pero de esto hace ya un cuarto de siglo. En el Ore-Sund y en los fiordos el agua se ha renovado muchas veces. Mas, no solamente el agua. La guerra ha roto la columna vertebral del viejo continente europeo. Los ríos y los mares de Europa han arrastrado mucha sangre humana. La humanidad, en particular su parte europea, ha pasado por duras pruebas; se ha vuelto más sombría, más ruda. Todas las formas de lucha se han hecho más ásperas. El mundo ha entrado en una época de grandes cambios. Sus exteriorizaciones extremas son la guerra y la revolución.

Antes de pasar al tema de mi conferencia (a la revolución), juzgo un deber expresar mi agradecimiento a los organizadores de este acto, la Asociación de Copenhague de Estudiantes Socialdemócratas. Lo hago en calidad de adversario político. Verdad es que mi conferencia trata cuestiones historicocientíficas. Pero resulta imposible hablar de una revolución de la que ha surgida la república de los sóviets sin ocupar una posición política. En mi calidad de conferenciante, mi bandera sigue siendo la misma que aquella bajo la cual participé en los acontecimientos revolucionarios.

Hasta la guerra, el partido bolchevique perteneció a la socialdemocracia internacional. El 4 de agosto de 1914, el voto de la socialdemocracia alemana a favor de los créditos de guerra puso, de una vez para siempre, fin a esta unidad y abrió la era de la lucha incesante e intransigente del bolchevismo contra la socialdemocracia. ¿Significa esto, por tanto, que los organizadores de esta reunión han cometido un error al invitarme como conferenciante? En todo caso, el auditorio podrá juzgar solamente después de pronunciada la conferencia. Para justificar mi aceptación de tan amable invitación para desarrollar una exposición sobre la revolución rusa, me permitiré recordar que, durante los treinta y cinco años de mi vida política, el tema de la revolución rusa ha sido el eje práctico y teórico de mis preocupaciones y de mis actos. Creo, por tanto, que esto me da algún derecho a esperar poder ayudar no solamente a mis amigos en ideas, sino también a mis adversarios (por lo menos de partido) a comprender mejor muchos rasgos de la revolución que hasta hoy escapaban a su atención. En una palabra, el objeto de mi conferencia es ayudar a comprender. Yo no me propongo aquí propagar ni llamar a la revolución, sólo quiero explicarla.

La revolución significa un cambio del régimen social. Ella transmite el poder de las manos de una clase que está ya agotada a las manos de otra clase en ascensión. La insurrección constituye el momento más crítico y más agudo en la lucha de dos clases por el poder. La sublevación no puede conducir a la victoria real de la revolución y a la erección de un nuevo régimen más que en el caso que se apoye sobre una clase progresiva que sea capaz de agrupar en torno suyo a la mayoría del pueblo. A diferencia de los procesos de la naturaleza, la revolución se realiza por intermedio de los hombres. Pero en la revolución también los hombres obran bajo la influencia de condiciones sociales que no son libremente elegidas por ellos, sino que son heredadas del pasado y que les señalan imperiosamente el camino. Precisamente por tal causa, y sólo por ella, es por lo que la revolución tiene sus propias leyes. Pero la conciencia humana no se limita a reflejar pasivamente las condiciones objetivas, sino que tiene la virtud de reaccionar activamente sobre las mismas. En ciertos momentos esta reacción adquiere un carácter de masa tenso, apasionado. Entonces caen derrumbadas las barreras del derecho y del poder. Precisamente la intervención activa de las masas en los acontecimientos constituye el elemento más esencial de la revolución. Y, sin embargo, aun la actividad más fogosa puede quedar simplemente reducida al nivel de una demostración, de una rebelión, sin elevarse a la altura de una revolución. La sublevación de las masas debe conducir al derrumbamiento de la dominación de una clase y al establecimiento de la dominación de otra. Solamente así tendremos una revolución consumada. La sublevación de las masas no es una empresa aislada que se puede provocar a capricho, sino que representa un elemento objetivamente condicionado en el desarrollo de la revolución, y aun la misma revolución es un proceso objetivamente condicionado en el desarrollo de la sociedad. Pero esto no quiere decir que una vez existentes las condiciones objetivas de la sublevación se deba esperar pasivamente, con la boca abierta; en los acontecimientos humanos también hay, como dice Shakespeare, flujos y reflujos: *“There is a tide in the affairs of men which, taken all the flood, leads on to fortune”*. Para barrer el régimen que se sobrevive, la clase progresiva debe comprender que ha sonado su hora y proponerse la tarea de la conquista del poder. Aquí se abre el campo de la acción revolucionaria consciente, donde la previsión y el cálculo se unen a la voluntad y a la bravura. Dicho de otra manera: aquí se abre el campo de la acción del partido.

El partido revolucionario es la condensación de lo más selecto de la clase progresiva. Sin un partido capaz de orientarse en las circunstancias, de apreciar la marcha y el ritmo de los acontecimientos y de conquistar a tiempo la confianza de las masas, la victoria de la revolución proletaria es imposible. Tal es la relación de los factores objetivos y de los factores subjetivos de la revolución y de la insurrección. Como muy bien sabéis, en las discusiones, los adversarios (en particular en la teología) tienen la costumbre de desacreditar frecuentemente la verdad científica elevándola al absurdo. Esto se llama aún, en lógica, *reductio ad absurdum*. Nosotros vamos a tratar de seguir la vía opuesta, es decir, que tomaremos como punto de partida un absurdo a fin de aproximarnos con mayor seguridad a la verdad. Realmente no tenemos derecho a lamentarnos por falta de absurdos. Tomemos uno de los más frescos y más gordos. El escritor italiano Malaparte, algo así como un teórico fascista (también existe este producto), ha publicado recientemente un libro sobre la técnica del golpe de estado. El autor consagra un número no despreciable de páginas de su “investigación” a la insurrección de octubre. A diferencia de la “estrategia” de Lenin, que permanece unida a las relaciones sociales y políticas de la Rusia de 1917, “la táctica de Trotsky no está [según los términos de Malaparte] unida por nada a las condiciones generales del país”. ¡Tal es la idea principal de la obra! Malaparte obliga a Lenin y a Trotsky en las páginas de su libro a entablar numerosos diálogos en los cuales los interlocutores dan pruebas de tan poca profundidad

de espíritu como la naturaleza puso a disposición de Malaparte. A las objeciones de Lenin sobre las premisas sociales y políticas de la insurrección, Malaparte atribuye a Trotsky la respuesta literal siguiente: “Nuestra estrategia exige demasiadas condiciones favorables, y la insurrección no tiene necesidad de nada: se basta por sí misma”. ¿Entendéis bien? “la insurrección no tiene necesidad de nada”. Tal es precisamente, queridos oyentes, el absurdo que debe servirnos para aproximarnos a la verdad. El autor repite con mucha persistencia que en octubre no fue la estrategia de Lenin, sino la táctica de Trotsky lo que triunfó. Esta táctica amenaza, según sus propios términos, todavía ahora, la tranquilidad de los estados europeos. “La estrategia de Lenin [cito textualmente] no constituye ningún peligro inmediato para los gobiernos de Europa. La táctica de Trotsky constituye un peligro actual y, por tanto, permanente”. Más concretamente: “Poned a Poincaré en lugar de Kerensky, y el golpe de estado bolchevique de octubre de 1917 se hubiera llevado a cabo de igual manera”. Resulta difícil creer que semejante libro sea traducido a diversos idiomas y acogido seriamente. En vano trataríamos de profundizar por qué, en general, la estrategia de Lenin, dependiendo de las condiciones históricas, es necesaria, si la “táctica de Trotsky” permite resolver el mismo problema, en todas las situaciones. ¿Y por qué las revoluciones victoriosas son tan raras, si para el triunfo basta con un par de recetas técnicas?

El diálogo entre Lenin y Trotsky presentado por el escritor fascista es, en el espíritu como en la forma, una invención inepta desde el principio al fin. Invenciones por el estilo circulan muchas por el mundo. Por ejemplo, acaba de editarse en Madrid, bajo mi firma, un libro: *La vida de Lenin*, del cual soy tan responsable como de las recetas tácticas de Malaparte. El semanario de Madrid *Estampa* publicó de este pretendido libro de Trotsky sobre Lenin capítulos enteros que contienen ultrajes abominables contra la memoria del hombre que yo estimaba y que estimo incomparablemente más que a cualquier otro entre mis contemporáneos. Pero abandonemos a los falsarios a su suerte. El viejo Wilhelm Liebknecht, el padre del combatiente y héroe inmortal Karl Liebknecht, acostumbraba a decir: “El hombre político revolucionario debiera estar provisto de una gruesa piel”. El doctor Stockmann, más expresivo aún, recomendaba a todo el que se propusiera ir al encuentro de la opinión pública social no ponerse los pantalones nuevos. Tengamos, pues, en cuenta estos dos buenos consejos y pasemos, acto seguido, al orden del día.

¿Cuáles son las preguntas que la Revolución de Octubre sugiere a todo hombre reflexivo? Primera, ¿por qué y cómo esta revolución ha sido coronada por el éxito? O, más concretamente, ¿por qué la revolución proletaria ha triunfado en uno de los países más atrasados de Europa? Segunda, ¿qué es lo que ha traído la Revolución de Octubre?; y, por último, tercera, ¿se ha realizado lo que se esperaba de ella?

A la primera pregunta (sobre las causas) se puede ya contestar de una forma más o menos completa. Yo he tratado de hacerlo lo más explícitamente posible, en mi *Historia de la revolución [rusa]*¹. Aquí no puedo hacer otra cosa que formular las conclusiones más importantes. El hecho de que el proletariado haya llegado al poder por primera vez en un país tan atrasado como la antigua Rusia zarista, sólo a primera vista parece misterioso; en realidad resulta de una rigurosa lógica. Se podía prever y se previó. Es más: bajo la perspectiva de este hecho, los revolucionarios marxistas edificaron su estrategia mucho antes de desarrollarse los acontecimientos decisivos. La explicación primera y más general: Rusia es un país atrasado; pero, así y todo, Rusia no es más que una parte de la economía mundial, un elemento del sistema capitalista mundial. En este sentido, Lenin ha resuelto el enigma de la revolución rusa con la siguiente fórmula

¹ León Trotsky, *Historia de la revolución rusa (con anexos)*, en nuestras [Obras Escogidas de León Trotsky \(OELT-EIS\)](#).

lapidaria: la cadena se ha roto por su eslabón más débil. Una ilustración clara: la gran guerra, salida de las contradicciones del imperialismo mundial, arrastró con su torbellino países que se hallaban en diferentes etapas de desarrollo, pero a los cuales impuso, a todos, las mismas exigencias. Claro está que las cargas de la guerra debían ser particularmente insoportables para los países más atrasados. Rusia fue la que primero se vio obligada a ceder terreno. Pero para desentenderse de la guerra el pueblo tenía que abatir a las clases dirigentes. Así fue como la cadena de la guerra se rompió por su eslabón más débil. Pero la guerra no es una catástrofe que viene del exterior, como, por ejemplo, un terremoto, sino que (para hablar con el viejo Clausewitz) es la continuación de la política con otros medios. Durante la guerra, las tendencias principales del sistema imperialista de tiempos de “paz” no hicieron sino exteriorizarse más ásperamente. Cuanto más elevadas sean las fuerzas productivas generales cuanto más tensa sea la concurrencia mundial; cuanto más agudos se manifiesten los antagonismos; cuanto más desenfadadamente se desarrolle la carrera de los armamentos, tanto más penosa resulta la situación para los participantes más débiles. Precisamente ésta es la cusa por la cual los países más atrasados ocupan el primer lugar en la serie de derrumbamientos. La cadena del capitalismo tiende siempre a romperse por los eslabones más débiles. Si a causa de ciertas circunstancias extraordinarias, o extraordinariamente desfavorables (por ejemplo, una intervención militar victoriosa del exterior, o debido a faltas irreparables del propio gobierno soviético), se restableciera el capitalismo ruso sobre el inmenso territorio soviético, su inevitable insuficiencia histórica le haría muy pronto caer de nuevo, víctima de las mismas contradicciones que le condujeron en 1917 a la explosión. Ninguna receta táctica hubiera podido dar vida a la Revolución de Octubre de no llevarla Rusia en sus propias entrañas. El partido revolucionario no puede asignarse otra función que la de comadrón que se ve obligado a recurrir a una operación cesárea. Se podría objetarme: vuestras consideraciones generales pueden ser suficientes para explicar por qué razón la vieja Rusia (este país donde el capitalismo atrasado, junto a una clase campesina miserable, estaba coronado por una nobleza parasitaria y, de remate, una monarquía putrefacta), tenía que naufragar. Pero en la imagen de la cadena y del más débil eslabón falta todavía la llave del enigma: ¿cómo en un país atrasado podía triunfar la revolución socialista? Porque la historia conoce muchos ejemplos de decadencia de países y de culturas que, tras el hundimiento simultáneo de las viejas clases, no han podido hallar ninguna forma de resurgir progresivo. El hundimiento de la vieja Rusia hubiera debido, al parecer, transformar el país en una colonia capitalista, y no en un estado socialista. Esta objeción es muy interesante y nos lleva directamente al corazón del problema. Y, sin embargo, esta objeción es viciosa; yo diría desprovista de proporción interna. De un lado, proviene de una concepción exagerada en lo que concierne al retraso de Rusia; de otra parte, de una falsa concepción teórica en lo que respecta al fenómeno del retraso en general.

Los seres vivos (naturalmente, el hombre entre ellos) atraviesan, con relación a la edad, estadios de desarrollo semejantes. En un niño normal de cinco años se encuentra cierta correspondencia entre el peso, la talla y los órganos internos. Pero esto ya no ocurre con la conciencia humana. En oposición con la anatomía y la fisiología, la psicología, tanto la del individuo como la de la colectividad, se distingue por una extraordinaria capacidad de asimilación, flexibilidad y elasticidad: en esto mismo reside también la ventaja aristocrática del hombre sobre su pariente zoológico más próximo de la especie de los monos. La conciencia susceptible de asimilación, agilidad y elasticidad confiere (como condición necesaria del progreso histórico) a los “organismos” llamados sociales, a diferencia de los organismos reales, es decir, biológicos, una extraordinaria variabilidad de la estructura interna. En el desarrollo de las naciones y de los estados, de los capitalistas

en particular, no existe ni similitud ni uniformidad. Diferentes grados de cultura, hasta los polos opuestos, se aproximan y se combinan, con mucha frecuencia, en la vida de un país. No olvidemos, queridos oyentes, que el retraso histórico es una noción relativa. Si existen países atrasados y avanzados hay también una acción recíproca entre ellos; existe la presión de los países avanzados sobre los retardatarios; existe la necesidad para los países atrasados de alcanzar a los países progresivos, de adquirirles la técnica, la ciencia, etc. Ahí surgió un *tipo combinado de desarrollo*: los rasgos más retrasados se acoplan a la última palabra de la técnica en y del pensamiento mundiales. En fin, los países históricamente atrasados se ven a veces obligados a sobrepasar a los demás. La elasticidad de la conciencia colectiva da la posibilidad de lograr, en ciertas condiciones, sobre la arena social, el resultado que en psicología individual se llama “la compensación”. En este sentido, se puede afirmar que la Revolución de Octubre fue para los pueblos de Rusia un medio heroico de superar su propia inferioridad económica y cultural.

Pero pasemos sobre estas generalizaciones historicopolíticas, que quizá sean un tanto abstractas, para plantear la misma cuestión bajo una forma concreta, es decir, a través de los hechos económicos vivos. El retraso de la Rusia del siglo XX se expresa más claramente de la siguiente forma: la industria ocupa en el país un lugar mínimo, en comparación a la aldea, el proletariado en comparación con el campesinado. El conjunto de esto significa una baja productividad del trabajo nacional. Bastaría decir que, en vísperas de la guerra, cuando la Rusia zarista había alcanzado la cumbre de su prosperidad, la renta nacional era de ocho a diez veces inferior a la de los Estados Unidos. Esto expresa numéricamente la “amplitud” del retraso, si es que nos podemos servir de la palabra amplitud en lo que concierne al retraso. Al mismo tiempo la ley del desarrollo combinado se expresa, a cada paso, en el dominio económico, tanto en los fenómenos simples como en los complejos. Casi sin rutas nacionales Rusia se vio obligada a construir vías férreas. Sin haber pasado por el artesanado y la manufactura europeas, Rusia saltó directamente a las empresas mecánicas. Saltar las etapas intermedias, tal es el camino de los países atrasados. En tanto que la economía campesina permanecía frecuentemente al nivel del siglo XVII, la industria de Rusia, si no en la capacidad por lo menos en su tipo, se hallaba al nivel de los países avanzados y hasta sobrepasaba a éstos en muchos respectos. Basta consignar que las empresas gigantes con más de mil obreros ocupaban en los Estados Unidos menos del 18% de la totalidad de los obreros industriales, en tanto que en Rusia la proporción era del 41%. Este hecho concuerda bastante mal con la concepción trivial del retraso económico de Rusia. Y, sin embargo, ello no contradice el retraso general, sino que lo completa dialécticamente. La estructura de clase del país entrañaba también el mismo carácter contradictorio. El capital financiero de Europa industrializa la economía rusa a un ritmo acelerado. La burguesía industrial pronto adquiere el carácter de gran capitalismo, enemigo del pueblo. Además, los accionistas extranjeros viven fuera del país. Por el contrario, los obreros son auténticamente rusos. Una burguesía rusa numéricamente débil, que no tenía ninguna raíz nacional, se encontraba de esta forma opuesta a un proletariado relativamente fuerte con recias y profundas raíces en el pueblo. Al carácter revolucionario del proletariado contribuyó el hecho de que Rusia, precisamente como país atrasado, obligada a acoplar los adversarios, no había, por otra parte, llegado a elaborar un conservadurismo social y político propio. Como país el más conservador de Europa y aun del mundo entero, el más viejo país capitalista, Inglaterra, me da la razón. Muy bien podría ser considerado Rusia como el país desprovisto de conservadurismo. El proletariado ruso, joven, lozano, resuelto, no constituye, con todo, más que una ínfima minoría de la nación. Las reservas de su potencia revolucionaria se encontraban fuera de su propio seno: en la clase campesina, que vivía en una semiservidumbre, y en las nacionalidades oprimidas.

La cuestión agraria constituía la base de la revolución. La antigua servidumbre, que entrañaba la autocracia, resultaba doblemente insoportable en las condiciones de la nueva explotación capitalista. La comunidad agraria estaba constituida por unos 140 millones de deciatinas. A treinta mil grandes propietarios terratenientes, poseedores cada uno, por término medio, de más de 2.000 deciatinas, les correspondían en total 70 millones de deciatinas, es decir, tanto como a diez millones de familias campesinas, o sea cincuenta millones de seres. *Esta estadística de la tierra constituía un programa acabado de insurrección campesina.* Un noble, Boborkin, escribía en 1917 al chambelán Rodzianko, presidente de la última дума del estado: “Yo soy un propietario terrateniente y no se me ocurre pensar, ni por un momento, que tenga que perder mi tierra, y menos por un fin increíble: para hacer una experiencia socialista”. Sin embargo, las revoluciones siempre tienen por objeto la misma tarea: realizar lo que no penetra en la cabeza de las clases dominantes.

En el otoño de 1917 casi todo el país era un vasto campo de levantamientos campesinos. De 621 distritos de la vieja Rusia, 482, es decir, el 77%, estaban influidos por el movimiento. El reflejo del incendio de la aldea iluminaba la palestra de la sublevación en las ciudades. ¡Pero (me podréis objetar) la guerra campesina contra los propietarios terratenientes es uno de los elementos clásicos de la revolución burguesa y no de la revolución proletaria! Yo respondo: completamente justo; así sucedió en el pasado. Pero es que, precisamente, la impotencia del capitalismo para vivir en un país atrasado, se expresa por el hecho de que la sublevación campesina no impulsa hacia adelante a las clases burguesas de Rusia, sino, por el contrario, las arroja al campo de la reacción. Al campesino, por no fracasar, no le queda otro camino que la alianza con el proletariado industrial. Esta ligazón revolucionaria de las dos clases oprimidas fue prevista genialmente por Lenin y preparada desde hacía mucho tiempo. Si la cuestión agraria hubiese sido francamente resuelta por la burguesía, con toda seguridad que el proletariado no hubiera conquistado el poder en 1917. Habiendo llegado demasiado tarde, caída precozmente en decrepitud, la burguesía rusa, egoísta y cobarde, no tuvo la osadía de levantar la mano contra la propiedad feudal. Con esto la burguesía dejó el poder al proletariado y al mismo tiempo el derecho a disponer de la suerte de la sociedad burguesa. Para que el estado soviético fuera una realización era de todo punto necesaria la acción combinada de estos dos factores de naturaleza histórica distinta: la guerra campesina, es decir, un movimiento que es característico de la aurora del desarrollo burgués, y la sublevación proletaria, que anuncia el crepúsculo de la sociedad burguesa. En esto reside el carácter *combinado* de la revolución rusa. Basta que el oso campesino se levante, afianzado sobre sus patas traseras, para dar a conocer lo terrible de su acometida. Sin embargo, el oso campesino carece de la capacidad de dar a su indignación una expresión consciente: tiene siempre necesidad de un conductor. Por primera vez en la historia del movimiento social, la clase campesina sublevada ha encontrado en la persona del proletariado un dirigente leal. Cuatro millones de obreros de la industria y de los transportes conducen a cien millones de campesinos. Tal fue la relación natural e inevitable entre el proletariado y la clase campesina en la revolución.

La segunda reserva revolucionaria del proletariado estaba constituida por las nacionalidades oprimidas, integradas, asimismo, por campesinos en su mayor parte. El carácter extensivo del desarrollo del estado, se ensancha como una mancha de aceite del centro moscovita hasta la periferia, va íntimamente ligado al retraso histórico del país. Al este somete a las poblaciones más atrasadas aún, para mejor ahogar con su apoyo a las nacionalidades más desarrolladas del oeste. A los diez millones de grandes rusos que constituyen la masa principal de la población se vienen a agregar, así, noventa millones de “alógenos”. Así quedó constituido el imperio, en la composición del cual la nación

dominante sólo estaba integrada por un 43% de la población, en tanto que los otros 57% eran una mezcla de nacionalidades de cultura y de régimen distintos. La presión nacional era en Rusia incomparablemente más brutal que en los estados vecinos, y, a decir verdad, no solamente de los que estaban al otro lado de la frontera occidental, sino también de la oriental. Tal estado de cosas confería al problema nacional una enorme fuerza explosiva. La burguesía liberal rusa no quería, en la cuestión nacional ni en la cuestión agraria, ir más allá de ciertas atenuaciones del régimen de opresión y de violencia. Los gobiernos “demócratas” de Miliukov y de Kerensky, que eran la expresión de los intereses de la burguesía y de la burocracia granrusa, se dedicaron en el curso de los ocho meses de su existencia a enseñar a las nacionalidades oprimidas la siguiente lección: no obtendréis lo que deseáis hasta que no lo arranquéis por la fuerza. Hacía mucho que Lenin había ya tomado en consideración la inevitabilidad del desarrollo del movimiento nacional centrífugo. El Partido Bolchevique luchó obstinadamente durante años por el derecho de autodeterminación de las nacionalidades, es decir, por el derecho a la completa separación estatal. Fue precisamente a causa de esta valerosa posición en la cuestión nacional por lo que el proletariado ruso pudo ganar poco a poco la confianza de las poblaciones oprimidas. El movimiento de liberación nacional, así como el movimiento campesino, se tornaron forzosamente contra la democracia oficial, fortificaron al proletariado y se lanzaron al lecho de la insurrección de octubre.

Así se va poco a poco levantando ante nosotros el velo del enigma de la insurrección proletaria en un país históricamente atrasado. Mucho tiempo antes de sobrevenir los acontecimientos, los revolucionarios marxistas han previsto la marcha de la revolución y la función histórica del joven proletariado ruso. Ruego se me permita dar aquí un extracto de mi propia obra a raíz de la revolución de 1905²:

“En un país económicamente atrasado el proletariado puede llegar antes al poder que en un país capitalista progresivo [...] La revolución rusa crea [...] unas condiciones mediante las cuales el poder puede pasar (con la victoria de la revolución debe pasar) al proletariado antes que la política del liberalismo burgués tenga la posibilidad de desplegar su genio estadista [...] El destino de los intereses revolucionarios más elementales de los campesinos [...] está fuertemente ligado al destino de toda la revolución, es decir, al destino del proletariado. Una vez llegado al poder, el proletariado aparecerá a los campesinos como el libertador de su clase. El proletariado entra en el gobierno como representante revolucionario de la nación, como conductor reconocido del pueblo en lucha contra el absolutismo y la barbarie de la servidumbre [...] El régimen proletario deberá desde el principio pronunciarse por la solución de la cuestión agraria, a la cual está ligada la suerte del avance popular de Rusia”.

Me he permitido traer esta cita para testimoniar que la teoría de la Revolución de Octubre presentada hoy por mí no es una improvisación rápida, construida *a posteriori* bajo la presión de los acontecimientos. No; por el contrario, fue emitida bajo forma de pronóstico político mucho tiempo antes de la Revolución de Octubre. Convendréis que la teoría, en general, no tiene valor más que en la medida en que ayuda a prever el curso del desarrollo, y a influenciarle hacia sus objetivos. En esto mismo consiste, hablando en términos generales, la importancia inestimable del marxismo como arma de orientación social e histórica. Lamento que los estrechos límites de esta exposición no me permitan extender la cita precedente de una manera más amplia, y por ello tendré que conformarme con un corto resumen de todo lo escrito durante 1905:

En relación con sus tareas inmediatas, la revolución rusa es una revolución burguesa. Sin embargo, la burguesía rusa es antirrevolucionaria. Por consiguiente, la

² León Trotsky, *Resultados y perspectivas. Las fuerzas motrices de la revolución*, en nuestra serie *Obras Escogidas de León Trotsky (OELT-EIS)*, páginas 25-32 del formato pdf.

victoria de la revolución sólo es posible como victoria del proletariado. El proletariado victorioso no se detendrá en el programa de la democracia burguesa, sino que pasará inmediatamente al programa del socialismo. La revolución rusa será la primera etapa de la revolución socialista mundial.

Tal era la teoría de la *revolución permanente* edificada por mí en 1905, y más tarde expuesta a la crítica más acerba bajo el nombre e “trotskysmo”. Pero, a decir verdad, esto no es más que una parte de esta teoría. La otra parte, particularmente de actualidad ahora, expresa:

Las fuerzas productivas actuales hace ya tiempo que han rebasado las barreras nacionales. La sociedad socialista es irrealizable en los límites nacionales. Por importantes que puedan ser los éxitos económicos de un estado obrero aislado, el programa del “socialismo en un solo país” es una utopía pequeñoburguesa. Sólo una federación europea, y después mundial, de repúblicas socialistas, puede abrir el camino a una sociedad socialista armónica.

Hoy, después de la prueba de los acontecimientos, tengo menos razón que nunca para rectificar esta teoría.

Después de todo lo que queda dicho, ¿merece la pena el seguir tomando en cuenta al escritor fascista Malaparte, que me atribuye una táctica independiente de la estrategia, resultante de ciertas recetas técnicas, aplicables en todo momento y bajo todas las latitudes? Menos mal que el nombre del desdichado teórico del golpe de estado permite distinguirlo fácilmente del práctico victorioso del golpe de estado: así nadie correrá el riesgo de confundir Malaparte con Bonaparte.

Sin la insurrección armada del 25 de octubre de 1917, el estado soviético no existiría. Pero la insurrección no vino del cielo. Para el triunfo de la Revolución de Octubre eran necesarias una serie de premisas históricas: 1ª La podredumbre de las viejas clases dominantes: de la nobleza, de la monarquía, de la burocracia. 2ª La debilidad política de la burguesía, que no tenía ninguna raíz en las masas populares. 3ª El carácter revolucionario de la cuestión agraria. 4ª El carácter revolucionario del problema de las nacionalidades oprimidas. 5ª El peso social del proletariado.

A estas premisas orgánicas hay que agregar ciertas condiciones de coyuntura de excepcional importancia: 6ª La revolución de 1905 fue una gran lección o, según la expresión de Lenin, un “ensayo general” de la revolución de 1917. Los sóviets, como forma de organización irremplazable de frente único proletario en la revolución, fueron organizados por primera vez en 1905. 7ª La guerra imperialista agudizó todas las contradicciones, arrancó a las masas atrasadas de su estado de inmovilidad, preparando así el carácter grandioso de la catástrofe. Pero todas estas condiciones, que eran suficientes para que *estallara la revolución*, resultaban, sin embargo, insuficientes *para asegurar la victoria del proletariado* en la revolución. Para esta victoria todavía faltaba una condición: 8ª El Partido Bolchevique.

Si yo enumero esta condición en último lugar de la serie sólo es porque así corresponde a la consecuencia lógica, y no, ni mucho menos, porque atribuya al partido el lugar menos importante. No; estoy muy lejos de tal pensamiento. La burguesía liberal puede tomar el poder, y lo ha tomado muchas veces, como resultado de luchas en las cuales no había participado; para ello posee órganos de aprehensión magníficamente desarrollados. Sin embargo, las masas laboriosas se encuentran en otra situación; se las ha acostumbrado a dar y no a tomar. Trabajan pacientemente, esperan, pierden la paciencia, se sublevan, combaten, mueren, dan la victoria a otros, son engañadas, caen en el desaliento, se someten, vuelven a trabajar. Así es la historia de las masas populares bajo todos los regímenes. Para tomar con seguridad y firmeza el poder, el proletariado tiene necesidad de un partido superior a todos los demás en claridad de pensamiento y en

decisión revolucionaria. El partido de los bolcheviques, que con frecuencia ha sido designado, y con razón, como el partido más revolucionario en la historia de la humanidad, era la condensación viva de la nueva historia de Rusia, de todo lo que había en ella de dinámico. Hacía mucho tiempo ya que la desaparición de la monarquía era considerada la condición indispensable para el desarrollo de la economía y de la cultura. Pero faltaban las fuerzas para dar cima a esta tarea; a la burguesía le horrorizaba la revolución. Los intelectuales intentaron conducir al campesino sobre sus hombros. Incapaz de generalizar sus propias penas y objetivos, el mujik dejó sin respuesta la exhortación de los intelectuales. La intelligentsia se armó de dinamita; toda una generación se consumió en esta lucha. El 1 de marzo de 1897, Alejandro Ulianov llevó a cabo el último de los grandes atentados terroristas. La tentativa de atentado contra Alejandro III fracasó. Ulianov y los demás participantes fueron ahorcados. La tentativa de sustituir la clase revolucionaria por una preparación química, había naufragado. Aun la inteligencia más heroica no es nada sin las masas. Bajo la impresión inmediata de estos hechos y de sus conclusiones creció y se formó el más joven de los hermanos Ulianov, Vladimir, el futuro Lenin; la figura más grandiosa de la historia rusa. Desde un principio, en su juventud, se colocó sobre el terreno del marxismo y enfocó su mirada hacia el proletariado. Sin perder un instante de vista a la aldea, se orientó hacia el campesino a través de los obreros. Habiendo heredado de sus precursores revolucionarios la resolución, la capacidad de sacrificio, la disposición de llegar hasta el fin, Lenin se convirtió en sus años de juventud en el educador de la nueva generación intelectual y de los obreros avanzados. En las luchas huelguistas y de calle, en las prisiones y en la deportación, los obreros adquirieron el temple necesario. El proyector del marxismo les era necesario para iluminar en la oscuridad de la autocracia su camino histórico.

En 1883 nació en la emigración el primer grupo marxista. En 1898, en una asamblea clandestina, fue proclamada la creación de partido socialdemócrata obrero ruso. En esta época nos llamábamos todos socialdemócratas. En 1903 tuvo lugar la escisión entre bolcheviques y mencheviques. En 1912, la fracción bolchevique se convirtió definitivamente en un partido independiente. Este partido enseñó a reconocer la mecánica de clase de la sociedad en las luchas, en los acontecimientos grandiosos, durante doce años (de 1905 a 1917). Educó cuadros de militantes aptos, tanto para la iniciativa como para la obediencia. La disciplina de la acción revolucionaria se apoyaba sobre la unidad de la doctrina, las tradiciones de las luchas comunes y la confianza hacia una dirección probada. Tal era el partido en 1917. Mientras que la “opinión pública” oficial y las toneladas de papel de la prensa intelectual no le concedían apenas importancia, el Partido Bolchevique se orientaba según el curso del movimiento de las masas. La formidable palanca que este partido manejaba firmemente se introducía en las fábricas y en los regimientos. Las masas campesinas lanzaban, cada vez con más insistencia, las miradas hacia él. Si se entiende por nación no las cumbres privilegiadas, sino la mayoría del pueblo, es decir, los obreros y los campesinos, hay que reconocer que el bolchevismo se transformó, en el curso del año 1917, en el único partido ruso verdaderamente nacional.

En 1917, Lenin, obligado a vivir en la clandestinidad, dio la señal: “La crisis está madura, la hora de la insurrección se aproxima”. Tenía razón. Las clases dominantes habían caído en la impotencia frente a los problemas de la guerra y de la liberación nacional. La burguesía perdió definitivamente la cabeza. Los partidos demócratas, los mencheviques y los socialistas revolucionarios disiparon el último resto de la confianza de las masas, sosteniendo la guerra imperialista y por su política de compromiso impotente y de concesiones a los propietarios burgueses y feudales. El ejército, sacudido en su conciencia, se negaba a luchar por los fines del imperialismo que le eran extraños. Sin prestar atención a los consejos democráticos, los campesinos expulsaban a los

latifundistas de sus dominios. La periferia nacional oprimida del imperio se lanzó contra la burocracia petersburguesa. En los más importantes consejos de obreros y soldados, los bolcheviques dominaban. Los obreros y soldados exigían hechos. El absceso estaba maduro. Sólo faltaba un corte de bisturí. La insurrección no fue posible más que en estas condiciones sociales y políticas. Y así ocurrió, ineludiblemente. Sin embargo, no se puede tomar la insurrección a juego. Desgraciado del cirujano que utiliza el bisturí con negligencia. La insurrección es un arte; tiene sus leyes y sus reglas. El partido realizó la insurrección de octubre con un cálculo frío, y una resolución ardiente. Gracias a esto pudo triunfar casi sin víctimas. Por medio de los sóviets victoriosos, los bolcheviques se colocaron a la cabeza del país que abarca una sexta parte de la superficie de la tierra. Supongo que la mayor parte de mis oyentes de hoy no se ocupaban todavía de política en 1917. Tanto mejor. La joven generación tiene ante sí muchas cosas interesantes, pero no siempre fáciles. Sin embargo, los representantes de las viejas generaciones, en esta sala, recordarán muy bien cómo fue acogida la toma del poder por los bolcheviques: como una curiosidad, un equívoco, un escándalo, o más como una pesadilla llamada a desvanecerse con las primeras claridades del alba. Los bolcheviques se mantendrían veinticuatro horas, una semana, un mes, un año. Había que ampliar, cada vez más, el plazo... Los amos del mundo se armaban contra el primer estado obrero: desencadenamiento de la guerra civil, nuevas y nuevas intervenciones, bloqueo. Así pasó un año y otro. La historia tiene que contar ya quince años de existencia del poder soviético. Sí, dirá algún adversario: la aventura de octubre se ha mostrado mucho más sólida de lo que entre nosotros pensábamos. Quizá no fuera del todo una “aventura”. A pesar de todo, el interrogante conserva toda su fuerza: ¿qué se ha obtenido a este precio tan elevado? ¿Se puede decir que se hayan realizado las bellezas que anunciaban los bolcheviques en vísperas de la insurrección? Antes de responder al supuesto adversario, observemos que esta pregunta no es nueva. Al contrario, se remonta a los primeros pasos de la Revolución de Octubre, después del día de su nacimiento.

El periodista francés Claude Anet, que estaba en Petrogrado durante la revolución, escribía ya el 27 de octubre de 1917: “Los maximalistas [así llamaban los franceses entonces a los bolcheviques] han tomado el poder y ha amanecido el gran día. Al fin, me digo, voy a ver cómo se realiza el Edén socialista que se nos viene prometiendo desde hace tantos años [...] ¡Admirable aventura! ¡Posición privilegiada!” etc., etc. ¡Qué auténtico odio se oculta tras estos saludos irónicos! Desde el día siguiente de la ocupación del Palacio de Invierno, el periodista reaccionario se creía ya con derecho a exigir una tarjeta de entrada en el Paraíso. Quince años han transcurrido desde la insurrección. Con una falta de ceremonia, tanto mayor, los adversarios manifiestan su alegría maligna al comprobar que, todavía hoy, el país de los sóviets se asemeja muy poco al reino del bienestar general. ¿Por qué, pues, la revolución y por qué las víctimas? Queridos oyentes: permitidme creer que las contradicciones, las dificultades, las faltas y las insuficiencias del régimen soviético las conozco tan bien como el que más. Personalmente jamás traté de disimularlas, ni en palabras ni por escrito. Siempre he creído, y sigo creyendo, que la política revolucionaria (a diferencia de la conservadora) no puede tener por base el engaño. “Expresar lo que es”, tal debe ser el principio esencial del estado obrero. No obstante, es necesario tener perspectiva tanto en la crítica como en la actividad creadora. El subjetivismo es un pésimo indicador, sobre todo cuando se trata de grandes cuestiones. Los plazos deben estar en consonancia con la magnitud de las tareas y no con los caprichos individuales. ¡Quince años! ¿Qué es esto para una sola vida? Durante este tiempo fueron enterrados muchos de nuestra generación, otros han visto encanecer sus cabellos. Pero estos mismos quince años, ¡qué período más insignificante en la vida de un pueblo! ¡Un segundo en el reloj de la historia!

El capitalismo tuvo necesidad de siglos para afirmarse en la lucha contra la Edad Media, para elevar la esencia y la técnica, para construir vías férreas, para tender hilos eléctricos. ¿Y después? ¿Después, la humanidad fue lanzada por el capitalismo al infierno de las guerras y de las crisis! Y al socialismo, sus adversarios, es decir, los partidarios del capitalismo, no le conceden más que quince años para instaurar sobre la tierra el paraíso con todo el confort. No, nosotros no nos hemos impuesto tales obligaciones; nosotros no hemos establecido tales plazos. Se deben medir los procesos de los grandes cambios con una escala adecuada. Yo no sé si la sociedad socialista se asemejará al paraíso bíblico; lo dudo mucho. Pero en la Unión Soviética todavía no existe el socialismo. Un estado de transición, cuajado de contradicciones, cargado con la pesada herencia del pasado, sufriendo la presión enemiga de los estados capitalistas: esto es lo que allí domina. La Revolución de Octubre ha proclamado el principio de la nueva sociedad. La república soviética no ha mostrado todavía más que el primer estado de su realización. La primera lámpara de Edison fue muy imperfecta. Bajo las faltas y los errores de la primera edificación socialista se debe saber discernir el porvenir.

¿Y las calamidades que se abaten sobre los seres vivos? ¿Los resultados de la revolución justifican las víctimas causadas por ella? ¿Pregunta estéril y profundamente retórica; como si el proceso de la historia fuera el resultado de un balance de contabilidad! Con tanta mayor razón, ante las dificultades y penas de la existencia humana, se podría preguntar: ¿para esto vale la pena vivir? Heine escribió a este propósito: “y el tonto espera la contestación...”. Las meditaciones melancólicas no han impedido al hombre engendrar y nacer. Aun en esta época, de una crisis mundial sin precedentes, los suicidios constituyen, felizmente, un porcentaje muy bajo. Pues los pueblos no tienen la costumbre de ir a buscar en el suicidio un refugio, sino que se alivian de las cargas insoportables por la revolución. Por otra parte, ¿quién se indigna a causa de las víctimas de la revolución socialista? Casi siempre son, precisamente, los que han preparado y glorificado las víctimas de la guerra imperialista, o, por lo menos, los que se han acomodado fácilmente a la guerra. Podíamos también preguntar nosotros: ¿está justificada la guerra? ¿Qué nos ha dado? ¿Qué nos ha enseñado?

En sus once volúmenes de difamación contra la Gran Revolución Francesa, el historiador reaccionario Hippolyte Taine describe, no sin alegría maligna, los sufrimientos del pueblo francés en los años de la dictadura jacobina y los que la siguieron. Fueron, sobre todo, penosos para las capas inferiores de las ciudades, los plebeyos, que, como *sans-culottes*, dieron a la revolución lo mejor de su alma. Ellos o sus mujeres pasaban noches frías en las colas para volver al día siguiente, con las manos vacías, al hogar helado. En el segundo año de la revolución, París era más pobre que antes de la insurrección. Datos cuidadosamente escogidos, artificiosamente completados, sirven a Taine para fundamentar su veredicto destructor contra la revolución. “¡Mirad los plebeyos, querían ser dictadores y han caído en la miseria!” Es difícil imaginar un moralista más chabacano; en primer lugar, si la revolución hubiera arrojado al país en la miseria, la culpa recaería, ante todo, sobre las clases dirigentes, que habían empujado al pueblo a la revolución. En segundo lugar, la Gran Revolución Francesa no se agotó en las colas del hambre, ante las panaderías. ¡Toda la Francia moderna, bajo ciertos respectos, toda la civilización moderna, han salido del baño de la Revolución Francesa!

En el curso de la guerra civil de los Estados Unidos, durante los años 60 del siglo pasado, murieron 50.000 hombres. ¿Se han justificado estas víctimas? ¿Bajo el punto de vista del dueño norteamericano de esclavos y de las clases dominantes de la Gran Bretaña, no! ¿Del punto de vista del negro y del obrero británico, completamente! Y desde el punto de vista del desarrollo de la humanidad, en su conjunto, no nos ofrece la menor duda. De la guerra civil del año 60 han salido los Estados Unidos actuales, con su iniciativa práctica

y veloz, la técnica racionalizada, el auge económico. Sobre estas conquistas del norteamericanismo, la humanidad edificará la nueva sociedad. La Revolución de Octubre ha penetrado más profundamente que todas las precedentes en el santa sanctorum de la sociedad, en las relaciones de propiedad. Así es que se precisarán plazos tanto más amplios para que se manifiesten las fuerzas creadoras en todos los dominios de la vida. Pero la orientación general del cambio es ya, desde ahora, clara: la república de los sóviets no tiene por qué agachar la cabeza ni emplear el lenguaje de la excusa ante sus acusadores capitalistas. Para apreciar el nuevo régimen desde el punto de vista del desarrollo humano, se ha de plantear, ante todo, este interrogante: ¿de qué manera se exterioriza el progreso social y cómo se puede medir? El criterio más objetivo, el más profundo y el más indiscutible es: el progreso puede medirse por el crecimiento de la productividad del trabajo social. La estimación de la Revolución de Octubre, bajo este ángulo, ha sido dada ya por la experiencia. Por primera vez en la historia el principio de organización socialista ha demostrado su capacidad suministrando resultados de producción jamás obtenidos en un corto período. En cifras de índice global, la curva del desarrollo industrial de Rusia se expresa como sigue: pongamos para el año 1913, el último año de anteguerra, el número 100. El año 1920, fin de la guerra civil, es también el punto más bajo de la industria: 25 solamente, es decir, un cuarto de la producción de anteguerra; 1925, un acrecentamiento hasta 75, es decir, tres cuartos de la producción de anteguerra; 1929, aproximadamente 200; 1932, 300, es decir, el triple que en vísperas de la guerra. El cuadro aparecerá todavía más claro a la luz de los índices internacionales. De 1925 a 1932 la producción industrial de Alemania ha disminuido aproximadamente vez y media; en Estados Unidos, aproximadamente, ha alcanzado el doble; en la Unión Soviética ha ascendido a más del cuádruple. Las cifras no pueden ser más elocuentes.

De ninguna manera pienso negar o disimular los lados sombríos de la economía soviética. Los resultados de los índices industriales están extraordinariamente influenciados por el desarrollo desfavorable de la economía agraria, es decir, del dominio que aún no ha entrado en los métodos socialistas; pero que fue arrastrado, al mismo tiempo, a la vía de la colectivización, sin preparación suficiente, más bien burocrática que técnicamente. Es ésta una gran cuestión que, sin embargo, rebasa los límites de mi conferencia.

Las cifras índices presentadas requieren todavía una reserva esencial: los éxitos indiscutibles y brillantes, a su manera, de la industrialización soviética exigen una verificación económica ulterior desde el punto de vista de la armonía recíproca de los diferentes elementos de la economía, de su equilibrio dinámico y, por consiguiente, de su capacidad de rendimiento. Aquí son inevitables grandes dificultades y aun retrocesos. El socialismo no surge, en su forma acabada, del Plan Quinquenal como Minerva de la cabeza de Júpiter o Venus de la espuma del mar. Nos hallamos todavía ante décadas de trabajo obstinado, de faltas, de correcciones y de reconstrucción. Por otra parte, no olvidemos que la edificación socialista no puede alcanzar su coronamiento más que sobre el palenque internacional. Pero aun el balance económico más desfavorable de los resultados obtenidos hasta el presente no podría revelar otra cosa que la inexactitud de los datos, las faltas del plan y los errores de la dirección; pero en ningún caso contradecir el hecho establecido empíricamente: la posibilidad de elevar el trabajo colectivo a una altura jamás conocida con ayuda de métodos socialistas. Esta conquista, de una importancia histórica mundial, nadie ni nada nos la podrá arrebatarnos.

Después de lo que queda dicho, casi no vale la pena perder el tiempo para objetar esos lamentos, según los cuales la Revolución de Octubre ha conducido a Rusia al ocaso de la cultura. Tal es la voz de las clases reinantes y de los salones inquietos. La "cultura" aristocráticoburguesa derrocada por la revolución proletaria no era más que un

complemento de la barbarie. En tanto que fue inaccesible al pueblo ruso, poco nuevo aportó al tesoro de la humanidad. Pero también en lo que concierne a esta cultura, tan llorada por la emigración blanca, se debe precisar la cuestión: ¿en qué sentido ha sido destruida? En un sentido: en el monopolio de una pequeña minoría sobre los bienes de la cultura ha quedado deshecho. Pero, en cambio, todo lo que era realmente cultural en la antigua cultura rusa permanece intacto. Los “hunos” bolcheviques no han pisoteado ni las conquistas del pensamiento ni las obras del arte. Por el contrario, han restaurado cuidadosamente los monumentos de la creación humana y los han puesto en orden ejemplar. La cultura de la monarquía, de la nobleza, y de la burguesía se ha convertido, al presente, en la cultura de los museos históricos. El pueblo visita con fervor estos museos, pero no vive en los museos. Aprende, construye. El solo hecho que la Revolución de Octubre haya enseñado al pueblo ruso, a los numerosos pueblos de la Rusia zarista, *a leer y a escribir* tiene incomparablemente más importancia que toda la cultura en conserva de la Rusia de antaño. La revolución rusa ha creado la base de una nueva cultura, destinada no a los elegidos, sino a todos. Las masas del mundo entero lo sienten: de aquí su simpatía por la Unión Soviética, tan ardiente como era antes su odio contra la Rusia zarista.

Queridos oyentes: vosotros sabéis que el lenguaje humano representa un instrumento irremplazable, no solamente porque designa las cosas y los hechos, sino también porque los estima. Descartando lo accidental, lo episódico, lo artificial, absorbe lo real, lo característico. Notad con qué sensibilidad las lenguas de las naciones civilizadas han distinguido dos épocas en el desarrollo de Rusia. La cultura aristocrática aportó al mundo barbarismos tales como *zar, cosaco, pogromo, nagaika*. Conocéis estas palabras y sabéis su significado. Octubre aportó a todas las lenguas del mundo palabras tales como *bolchevique, sóviet, koljós, gosplan, pialiletka*. ¡Aquí la lingüística práctica rinde su juicio histórico supremo!

La significación más profunda (y que más difícilmente ha sido sometida a una prueba inmediata) de toda revolución consiste en que forma y temple el carácter popular. La representación del pueblo ruso como un pueblo lento, pasivo, melancólico, místico, está muy extendida, y ello no es debido a la casualidad. Tiene sus raíces en el pasado. Sin embargo, todavía no son suficientemente tomadas en consideración en occidente las modificaciones profundas que la Revolución de Octubre ha introducido en el carácter del pueblo ruso. ¿Y podía esperarse otra cosa? Todo hombre que tenga una experiencia de la vida puede despertar en su memoria la imagen de un adolescente cualquiera, conocido de él, que (impresionable, lírico, sentimental, en fin) se transforma más tarde, de un solo golpe, bajo la acción de un fuerte choque moral, en un muchacho fuerte, bien templado, hasta el punto de quedar completamente desconocido. En el desarrollo de toda una nación, la revolución realiza transformaciones morales análogas. La insurrección de febrero contra la autocracia, la lucha contra la nobleza, contra la guerra imperialista, por la paz, por la tierra, por la igualdad nacional, la insurrección de octubre, el derrocamiento de la burguesía y de los partidos con tendencias a sostenerla, tres años de guerra civil sobre un frente de 8.000 kilómetros, los años del bloqueo, de miseria, de hambre, de epidemias, los años de tensa edificación económica, las nuevas dificultades y privaciones, todo esto integra una ruda, pero buena escuela. Un pesado martillo hará polvo el vidrio; pero, en cambio, forja el acero. El martillo de la revolución forja el acero del carácter del pueblo.

“¡Quién lo había de creer!” Ya se debía de creer. Poco después de la insurrección, uno de los generales zaristas, Zalesky, se escandalizaba de que “un portero o un guardia se convirtiera de pronto en un presidente de tribunal; un enfermero, en director de hospital; un barbero, en dignatario; un sargento, en comandante supremo; un jornalero, en alcalde; un aserrador, en director de empresa”. “¡Quién lo había de creer!” Ya se debía de creer. Pase que no se creyera en tanto que los sargentos batían a los generales; el

maestro, antes jornalero, rompía la resistencia de la vieja burocracia; el lampista ponía orden en los transportes; el aserrador, ahora director, restablecía la industria. “¡Quién lo había de creer!” Que se trate ahora de no creer...

Para explicar la paciencia desacostumbrada que las masas populares de la Unión Soviética demostraron en los años de la revolución, muchos observadores extranjeros recurren, ya por hábito, a la pasividad del carácter ruso. ¡Grosero anacronismo! Las masas revolucionarias soportaron las privaciones pacientemente, pero no pasivamente. Ellas construyen con sus propias manos un porvenir mejor, y quieren crearlo a cualquier precio. Que el enemigo de clase trate solamente de imponer a estas masas pacientes, desde fuera, su voluntad. ¡No, más vale que no lo intente!...

Para terminar, tratemos de fijar el lugar de la Revolución de Octubre no solamente en la historia de Rusia, sino también en la historia del mundo. Durante el año 1917, en el intervalo de ocho meses, dos curvas históricas convergen. La Revolución de Febrero (este eco tardío de las grandes luchas que se desarrollaron en los siglos pasados sobre el territorio de los Países Bajos, Inglaterra, Francia, casi toda la Europa continental) se une a la serie de las revoluciones burguesas. La Revolución de Octubre proclama y abre la era de la dominación del proletariado. Es el capitalismo *mundial* quien sufre, sobre el territorio de Rusia, la primera gran derrota. La cadena se rompió por el eslabón más débil. Pero es la cadena, y no solamente el eslabón, lo que se rompió.

El capitalismo como sistema mundial se sobrevive históricamente. Ha terminado de cumplir su misión esencial: la elevación del nivel del poder y de la riqueza humanos. La humanidad no puede estancarse en el peldaño alcanzado. Sólo un poderoso empuje de las fuerzas productivas y una organización justa, planificada, es decir, socialista, de producción y distribución, puede asegurar a los hombres (a todos los hombres) un nivel de vida digno y conferirles al mismo tiempo el sentimiento inefable de la libertad frente a su propia economía. De la libertad en dos órdenes de relaciones: primeramente, el hombre no se verá ya obligado a consagrar su vida entera al trabajo físico. En segundo lugar, ya no dependerá de las leyes del mercado, es decir, de las fuerzas ciegas y oscuras que obran al margen de su voluntad. El hombre edificará libremente su economía, esto es, con arreglo a un plan, compás en mano. Ahora se trata de radiografiar la anatomía de la sociedad, de descubrir todos sus secretos de someter todas sus funciones a la razón y a la voluntad del hombre colectivo. En este sentido, el socialismo entraña una nueva etapa en el crecimiento histórico de la humanidad. A nuestro antepasado, armado por primera vez de un hacha de piedra, toda la naturaleza se le presenta como una conjuración de un poder misterioso y hostil. Más tarde, las ciencias naturales, en estrecha colaboración con la tecnología práctica, iluminaron la naturaleza hasta en sus más profundas obscuridades. Por medio de la energía eléctrica, el físico elabora su juicio sobre el núcleo atómico. No está lejos la hora en que (como en un juego) la ciencia resolverá la quimera de la alquimia, transformando el estiércol en oro y el oro en estiércol. Allá donde los demonios y las furias de la naturaleza se desataban, reina ahora, cada vez con más energía, la voluntad industriosa del hombre.

Pero en tanto que el hombre lucha victoriosamente con la naturaleza, edifica a ciegas sus relaciones con los demás, casi al igual que las abejas y las hormigas. Con retraso, y por demás indeciso, se encara con los problemas de la sociedad humana. Empezó por la religión, para pasar después a la política. La Reforma trajo el primer éxito del individualismo y del racionalismo burgués en un dominio donde venía imperando una tradición muerta. El pensamiento crítico pasó de la Iglesia al estado. Nacida en la lucha contra el absolutismo y las condiciones medievales, la doctrina de la soberanía popular y de los derechos del hombre y del ciudadano se amplía y robustece. Así se formó el sistema del parlamentarismo. El pensamiento crítico penetró en el dominio de la admiración del

estado. El racionalismo político de la democracia significó la más alta conquista de la burguesía revolucionaria.

Pero entre la naturaleza y el estado se interpone la economía. La técnica ha libertado al hombre de la tiranía de los viejos elementos: la tierra, el agua, el fuego y el aire, para someterle, acto seguido, a su propia tiranía. La actual crisis mundial testimonia de una manera particularmente trágica, cómo este dominador altivo y audaz de la naturaleza permanece siendo el esclavo de los poderes ciegos de su propia economía. La tarea histórica de nuestra época consiste en substituir el fuego anárquico del mercado por un plan razonable, en disciplinar las fuerzas productivas, en obligarlas a obrar en armonía, sirviendo dócilmente a las necesidades del hombre. Solamente sobre esta nueva base social el hombre podrá enderezar su espalda fatigada, y no ya sólo los elegidos, sino todos y todas, llegar a ser ciudadanos con plenos poderes en el dominio del pensamiento. Sin embargo, esto no es todavía la meta del camino. No, esto no es más que el principio. El hombre se considera el coronamiento de la creación. Tiene para ello, sí, ciertos derechos. ¿Pero quién se atreve a afirmar que el hombre actual sea el último representante, el más elevado de la especie *homo sapiens*? No, físicamente, como espiritualmente, está todavía muy lejos de la perfección este aborto biológico de pensamiento enfermizo y que no se ha creado ningún nuevo equilibrio orgánico.

Verdad es que la humanidad ha producido más de una vez gigantes del pensamiento y de la acción que sobrepasaban a sus contemporáneos como cumbres en una cadena de montañas. El género humano tiene perfecto derecho a estar orgulloso de sus Aristóteles, Shakespeare, Darwin, Beethoven, Goethe, Marx, Edison, Lenin. Pero ¿por qué estos hombres son tan escasos? Ante todo, han salido, casi sin excepción, de las clases elevadas y medias. Salvo rara excepciones los destellos de genio quedan ahogados en las entrañas oprimidas del pueblo antes de tener la posibilidad de brotar. Pero también porque el proceso de generación, de desarrollo y de educación del hombre permaneció y permanece siendo en su esencia obra del azar, no elaborado por la teoría y la práctica, no sometido a la conciencia y a la voluntad.

La antropología, la biología, la fisiología, la psicología han reunido verdaderas montañas de materiales para erigir ante el hombre, en toda su amplitud, las tareas de su propio perfeccionamiento corporal y espiritual y de su desarrollo ulterior. Por la mano genial de Sigmund Freud, el psicoanálisis levantó la tapa del pozo que, poéticamente, se llama el “alma” del hombre. ¿Y qué vimos? Nuestro pensamiento consciente no constituye más que una pequeña parte en el trabajo de las oscuras fuerzas psíquicas. Buzos sabios descienden al fondo del océano y fotografían la fauna misteriosa de las aguas. Para que el pensamiento humano descienda al fondo de su propio océano psíquico debe iluminar las fuerzas motrices misteriosas del alma y someterlas a la razón y a la voluntad. Cuando haya terminado con las fuerzas anárquicas de su propia sociedad, el hombre se integrará en los morteros, en las retortas del químico. Por primera vez, la humanidad se considerará a sí misma como una materia prima y, en el mejor de los casos, como una semifabricación física y psíquica. El socialismo si significará un salto del reino de la necesidad al reino de la libertad en el sentido de que el hombre de hoy, plagado de contradicciones y sin armonía, franqueará la vía hacia una nueva especie más feliz.

Serie Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es